

a su botín reciente»), o cuando suscitó comentarios de mal gusto el poema de Luis Cernuda a la muerte de Lorca, o al insistir en un tono dolorido y escasamente «proletario». Ni llegó la sangre al río ni por esas cicaterías se empaña uno de los logros más armoniosos e importantes de la cultura española del siglo xx: las prosas del nuevo Juan de Mairena machadiano, los artículos de Serrano Plaja, Rosa Chacel, Dámaso Alonso, Jarnés, María Zambrano..., los poemas de Vicente Huidobro, Octavio Paz, Vicente Aleixandre, Emilio Prados, Luis Cernuda, Juan Gil-Albert, Miguel Hernández, Rafael Alberti, etc..., componen un conjunto irrepetible que clausuraba, sin saberlo, pero con la condigna brillantez, la Edad de Plata.

A guisa de epílogo

En abril de 1939 no nació otro país ni la contienda que acabó entonces fue una suerte de fatalidad inevitable para la que se anduvo conspirando desde 1700, 1808 ó 1492, como llegan a afirmar los creyentes en las dualidades metafísicas de España. La guerra —que tuvo responsables concretos: personas e instituciones entre quienes la ganaron; debilidades y egoísmos entre quienes la perdieron— hizo nacer un tiempo nuevo al que caracterizaron la violencia y la represión, primero; años después, el desarrollo medio silvestre de una sociedad industrial, edificada sobre la especulación, las corruptelas y la explotación. La censura no ayudó a la búsqueda de nuevas expresiones; la brusca mutación del país invalidó bastante de la tradición inmediata en lo literario, sin que surgieran otros caminos. El problema de la comunicación estética que encontraba soluciones en una sociedad aún semirural y de vida más parsimoniosa se reveló casi insoluble en la postguerra, aunque no por eso dejó de preocupar obsesivamente a nuevas promociones de escritores españoles.

Pero el zanjón no fue tan grande como para que el historiador olvide los hilos de continuidad. El «garcilasismo» de los años 40 fue una tardía conmemoración del centenario de 1935 y continuó un neopetrarquismo ya existente; *La Estafeta Literaria* copió sin gracia el modelo de *La Gaceta* de 1927 y *Escorial* fue digna heredera de *Cruz y Raya*; los poetas que, como Rosales, Vivanco, Panero, Rídruejo, Ildefonso M. Gil, Germán Bleiberg, reanudaron el oficio de la poesía habían empezado a publicar hacia 1934, y en 1948 una revista como la cordobesa *Cántico* fue un explícito homenaje a la generación del 27, cuyos miembros publicaron después de 1939 algunos de sus mejores libros. Ni siquiera la canción andaluza de

Quintero, León y Quiroga, las revistas musicales de Celia Gámez, carecían de *pedigree* republicano, aunque ahora la invasión de vulgaridad permitiera a un letrista cifrar todo un horizonte cultural en una frase con ritmo de *schottisch*: «En Chicote un agasajo postinero / con la crema de la intelectualidad.» Porque aquel bar de la madrileña Gran Vía también había sobrevivido a la guerra.

Pero también la biología —ayudada a menudo por las balas— procedió a la liquidación acelerada del panorama literario. Un mes antes del estallido de la guerra, moría Valle-Inclán, víctima de un cáncer. El último día de 1936 falleció Unamuno, hundido moralmente por el desastre y purgando aún las consecuencias de su enfrentamiento con Millán Astray en los actos del Paraninfo salmantino. Antes murió Ramiro de Maeztu, fusilado en las represalias que siguieron a los primeros bombardeos de Madrid y con su cuerpo parece que se enterraron las notas que redactaba de una *Defensa del espíritu*. A los pocos días de acabada la guerra le seguía Antonio Machado, caído en la puerta francesa del exilio y con un solo e inquietante verso por toda despedida: «Esos días azules y ese sol de la infancia.» Apenas sobrevivió unos meses al destierro Manuel Azaña, último presidente de la República y víctima incruenta de la pesadilla fratricida que analizó en las páginas de sus cuadernos personales de la guerra o en las de *La velada en Benicarló*. A mano airada murió García Lorca, la mayor pérdida literaria de la guerra civil, aunque el lugar que dejó como ciudadano no fuera mayor que el de tantos muertos anónimos que sólo vieron en su final la tierra de un talud o la cal de una tapia. Ante ellas cayeron también el novelista Manuel Ciges Aparicio, el inventor de la *astracanada* Muñoz Seca o el culto paleógrafo jesuita Zacarías García Villada. A otros les esperó la cárcel, la satisfacción de la victoria o el remordimiento y la madurez. A muchísimos, **el exilio en América que fue, por cerca de treinta años, una provincia literaria española** donde unos millares de compatriotas fundaron negocios, ocuparon altos puestos en organizaciones internacionales, crearon las mayores editoriales de América latina, renovaron o fundaron centros universitarios, ganaron dos Premios Nobel, tuvieron revistas propias y, aunque no se llevaron del todo la canción (como dijera León Felipe), escribieron las mejores canciones y novelas de las tres décadas siguientes. Peregrina o prisionera, la historia de la literatura española pudo más que la fuerza de sus enemigos.

José-Carlos Mainer

La Edad de Plata
(1902-1939)

Ensayo de interpretación de un proceso cultural



CATEDRA

EDICIONES CATEDRA, S. A. Madrid

Yeni University Library
PETROBURG, ENT.